

Si somos fatalistas, si creemos que todo lo que ha de pasar está escrito, no habrá ciertamente nada que hacer. En ese caso no será un problema de vida sino de muerte el que estará delante de nuestros ojos en todo instante. No pudiendo alterar en nada lo que está escrito, de nada nos valdrá ningún esfuerzo por modificar lo inmodificable. Maniatados por la soga de la fatalidad, y empujados por una fuerza irresistible que nos es desconocida, marcharemos todos a nuestro último término, sin libertad y como consecuencia, sin responsabilidad dignificante.

Otros pensarán que somos artífices soberanos de nuestro propio destino y que serán sólo nuestras capacidades, nuestro ideal y nuestra voluntad los que determinarán la trayectoria de nuestra vida.

A igual distancia del fatalista, que es ciego, y del artífice de su propio destino, que es el visionario, estamos los que pensamos que no podemos en verdad modificar la corriente que empuja la barca de nuestro sino, pero que somos dueños del timón que determina la ruta precisa que hemos de llevar dentro de esa corriente, y que es gracias a ese timón como avanzamos a uno u otro lado de la ribera, y como evitamos los escollos y vencemos las dificultades. Ese timón es la inteligencia, es la razón, es la voluntad. Y para manejarlo tenemos que poseer la conciencia de ser libres.

La juventud de nuestros días no debe vivir bajo la presión de los hechos consumados. Esos son los hechos de la fatalidad, en tanto que los hechos por cumplirse son los de la inteligencia, y éstos han de ser los que interesen a la gente joven. No debe la juventud asumir en ningún momento una actitud de parálisis, porque vosotros, jóvenes de hoy, estáis llamados a constituir la fuerza de resistencia que se oponga a que los ideales de libertad puedan ser asfixiados o lleguen siquiera a amenguar su brillo. Estrangulada la libertad, que es el órgano respiratorio de la mente, y la esencia misma de la alegría de vivir, sólo quedan la tristeza de la esclavitud y la derrota del espíritu.

Para hacer frente a tamaña contingencia no debe la juventud buscar el camino del menor esfuerzo. La vida es lucha, y para esa lucha es preciso prepararse desde los años mozos, que al fin ella, hace fuerte al hombre.

Un viejo mariscal de Francia, al asumir la dolorosa responsabilidad que su pueblo le exige un día de trágico quebranto,

pide a la juventud espíritu de sacrificio, renunciamiento a los placeres, ya que fueron éstos, a juicio suyo, los que arruinaron el temple varonil de las naciones. Nosotros no pedimos tan absoluto renunciamiento. Creemos que la juventud tiene derecho a la felicidad. Mas si abogaremos porque esta felicidad sea también la del espíritu y la del corazón, no únicamente la de los sentidos, efímera entre todas. Mayor vida interior, abroquelada contra la superficialidad ambiente: no es otro nuestro requerimiento.

Ni pedimos a la juventud imposibles. Ni exigimos de ella nada distinto de lo que nosotros mismos reclamamos a los veinte años. En esta época en la que hemos padecido tan grandes congojas podríamos exigir también a nuestros jóvenes, cierto espíritu heroico, mas algo habrá que guardar en reserva.

Por el momento nos contentaríamos con hacerle sentir a la nueva generación que todos, y en toda edad, tenemos deberes que cumplir. Lo primero es poner nuestra fe en algún interés elevado, lo segundo es sentir el valor de defender ese ideal. No invitamos a los jóvenes a sacrificar su juventud, sino a enaltecerla, a glorificarla podríamos decirles a aquellos que se hallan inflamados ya por la chispa de un ideal. Que al menos haya algo en el corazón de los jóvenes que lleve su mirada hacia lo alto. El mal-estar, la angustia más grande que pueda sentir un hombre, se ha dicho ya, la siente el día en que mirando hacia adentro de su propio corazón lo halla vacío. Amar una ilusión, una idea, una obra, es necesario para poder vivir con dignidad de hombres. Sin amor no hay juventud ni hay vida estimulante.

Los jóvenes que se ufanan de pertenecer a las más altas clases sociales, bien por sus dineros o su abolengo, su ilustración o inteligencia, no pueden estar ausentes en la línea de sus deberes. Esta forma de ausentismo no será jamás excusable. A más alta posición, mayor responsabilidad, más obligante actuación. Es, pues, a la juventud entera a la que tenemos que llamar para hacer frente a las graves responsabilidades que tendrá que asumir tempranamente. A toda esa juventud quisiéramos decirle: moviliza! vuestro espíritu, armad vuestros corazones, lanzaos a la batalla de vuestros ideales, cumplid con vuestro emblema. Sed generosos de propósitos y acción. Usad de vuestra libertad sin olvidar vuestra responsabilidad correlativa. Os espera una tarea larga y ardua, herizada de dificultades. Tendéis que reconstruir el alma de la nación. Labor más difícil,

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada; noticias acerca del hispanismo en América, y una sección escolar dedicada a las estudiantes de español.

4 dólares norteamericanos al año;

número suelto: \$ 1.00

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirector: Eugenio Florit

Hispanic Institute in the United States

Columbia University

435 West 117th Street, New York

OCTAVIO JIMENEZ A. ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: 25 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Protección Social,

Teléfono 2034

Apartado 338

San José, Costa Rica

Una suscripción al REP. AMERICANO la consigue Ud. con

Matilde Martínez Márquez

LIBROS Y REVISTAS

Avenida Los Aliados N.º. 60

Apartado N.º 2007 - Teléfono FO-2539

La Habana, Cuba

ciertamente, y de mayor trascendencia, que la de reconstruir ciudades devastadas.

El problema es idéntico al de todas las juventudes, pero más urgente ahora. Llamados a hablar al término de la guerra en una Universidad extranjera, decíamos a los estudiantes que nos escuchaban:

"Que no se diga un día que se sacrificaron en vano los millares de jóvenes de vuestra edad que no alcanzaron a participar en este gozo de la victoria que ahora os embriaga. No debéis olvidar nunca que para conseguir esta paz jubilosa de las multitudes se hizo necesaria la silenciosa paz de millares de tumbas.

(Concluye en la pág. 204)